

Mensaje para el Día Mundial del Libro de 2002 en Castilla-La Mancha

Mi abuelo me enseñó a leer en la portada del periódico. Primero fueron las mayúsculas y al poco, a los cuatro años, le recitaba a mi padre los titulares como si fuera un loro; así que, cuando empecé el cole, ya llevaba uno de los grandes milagros del aprendizaje realizado. Tengo un vago recuerdo sobre los primeros cuentos: me daba miedo el monótono y obsesivo conejo de "Alicia en el país de las maravillas" y me marcó un relato sobrecogedor para mi inocencia en el que una vieja le entregaba un ovillo a un niño con el que podía hacer pasar el tiempo mucho más deprisa, a su antojo; al final, en un suspiro se consumían sus días. Aún conservo la imagen en el aula de una representación del poema de Rubén Darío "La princesa está triste" en la que yo era el narrador; sé que todo eso fraguó mi vocación. La adolescencia es como un poema desgarrado, a flor de piel: sentí la desesperación amorosa de Neruda, la humanidad de Miguel Hernández, la libertad con letras mayúsculas bañadas con espuma de mar, del mar de Alberti. Hasta me atreví a ser poeta y de modo inconsciente imitaba a Lorca. Empezaba a soñar con lunas, con abrazos...



Amo la poesía. Sin embargo, hay otros períodos en que no puedo levantar la cabeza de las páginas de una larga narración. Ese veneno lo sentí por primera vez con una lectura obligada en el instituto, "Tiempo de silencio", de Luis Martín de Santos; estaba deseando volver a casa y sentarme en la cama para adentrarme en el discurso mental del protagonista. Es elemental tener expertos lectores que te allanen el camino con una relación de libros indispensables adecuados al momento vital. Yo los tuve, y reconozco que con los libros me he divertido, he amado y he sobrevivido: mis primeros años como actriz los pasé recitando en centros de enseñanza; hoy tengo el honor de ir por el mundo poniendo en mi boca las palabras de Calderón, de Mihura, de Shakespeare. El ciclo se repite, y en esta etapa me veo de nuevo rodeada de cuentos infantiles; mi hija crece y, ante el torrente de preguntas que me aguardan, espero encontrar algunas claves en la Literatura para que su corazón se vaya perfumando, para que abra los ojos al mundo.

Este año he comenzado estudios de Filología, es el intento por recopilar conocimientos no sólo literarios sino de nuestra lengua hablada. Para mí la PALABRA es la clave de nuestra condición humana, y leyendo comprenderemos otros puntos de vista, llegaremos a lugares recónditos, viviremos otras vidas. En estos tiempos de totalitarismos, de violencia, de desigualdad, necesitamos nutrirnos de palabras que sustenten un pensamiento tolerante,

generoso, en paz con sus contradicciones.

Me permito el lujo de despedirme con palabras de Gabriel García Márquez, el maestro de nuestro siglo, a propósito de su novela más conocida:

"Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin para siempre una segunda oportunidad sobre la Tierra."

(G. García Márquez, "La soledad de América Latina", publicado en "El País" 9-XII-1982, pág. 33).

Lola Baldrich

Actriz